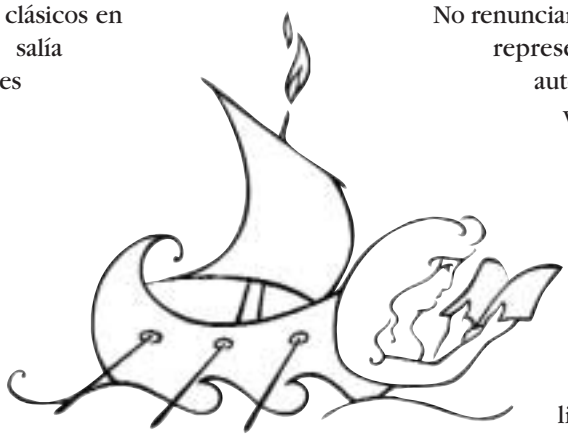
CÓMO LEE TEATRO UN APOCALÍPTICO

Sé que tengo guardado en el "*software*" de mi memoria el recuerdo gozoso de la conversación sobre las gallinas en *Rómulo el grande,* de Friedrich Dürrenmatt. Sé que leí algunas decenas de obras y reflexiones en la revista *Primer Acto.* También recuerdo aquel invierno del 81 en que asistí a cinco sesiones de los clásicos en la Comédie Française y cómo salía conmocionado al frío de las tardes de París. Después tuve la suerte de asistir, como Director de Publicaciones de la Universidad de Murcia, al nacimiento de las traducciones de Shakespeare realizadas por Ángel Luis Pujante, con ilustraciones sobre algunas representaciones prototípicas acompañadas de letra y música de canciones y allí edité algunas obras de escritores españoles de teatro contemporáneo.



Luego vinieron los trabajos y los días. He asistido a algunas representaciones, a algunos festivales y tengo algunas docenas de obras teatrales en vídeo: Shakespeare, Calderón, Lope, Chéjov, A. Miller, Los jóvenes airados ingleses, Moliére, Valle-Inclán, Beckett, F. Arrabal, Buero...

Pero, desde siempre, dado que habito uno de los Finisterre de Europa, el teatro ha sido para mí un acto de lectura. Leer el teatro es para mí leer un canon imaginario de interpretaciones simbólicas, alejadas de cualquier pretensión aristotélica o del realismo socialista. Por eso leo a los clásicos. Dado que soy ajeno a las modas estructurales, deconstructivas o posmodernas, leo literatura, es decir, releo aquellos libros en que el silencio de la lectura adensa el esplendor, sin pararme a pensar en la teoría de los géneros. Ignoro las veces que he recorrido la *Orestiada*, las tragedias de Sófocles, las razones de Medea, las risas de Falstaff, los *Exiliados* de Joyce, las comedias de Molière, los dramas de Calderón... Cada vez más releo menos obras y me centro en las obras completas de una decena de autores. Creo que es preciso cultivar aquellos libros que han sido leídos y releídos sin descanso por varias generaciones de lectores e incorporar a su lectura una serie de trabajos de alto nivel crítico (por ejemplo, las Antígonas, de George Steiner) que incidan en las diversas relecturas que pasen o hayan pasado por canónicas.

No renunciaré nunca a oír las voces del teatro representado, en especial la de los autores vivos; tampoco renunciaré a verlo en cine, como hago con la magnífica relectura que Kurosawa realizó de *El rey Lear* en *Ran.* A veces puedo alzar la voz y oírme recitar los versos octosílabos o los sonetos, pero no abdicaré de las frases leídas en silencio, subrayadas, acotadas, anotadas en las libretas que componen mis bocados de oro.

Por supuesto que sé del ambiente de las Corralas, del murmullo de las Cazuelas. He estado entre algunas bambalinas. Pero pienso que hoy existe demasiado ruido y, tal vez por apocalíptico, creo que el silencio está en peligro. Por eso releo en silencio, de un tirón durante semanas o meses, las Obras Completas de aquellos autores de un canon imaginario que se dedicaron a plasmar en algunas obras teatrales los mitos fundacionales de la humanidad. Sé que es una petición de principios decadente, pero esa manera de leer hace que se fijen en la memoria centenares de versos que, aprendidos como entonces, vuelven cuando se les convoca. Es decir, se puede ejercitar de paso la memoria, que disminuye con los años a no ser que la ejerzas, según consta en Cicerón, de esas ristras de palabras que, trenzadas por los autores canónicos, han edificado los mitos fundamentales del conflicto entre los dioses, las mujeres, los hijos, las pasiones, los hombres, la traición, la ciudad, los celos y el Estado. ■

José Perona
Maestro de Gramática. Universidad de Murcia